

La muerte en la paz y en la guerra

Carlos Martínez Assad

La literatura del mundo musulmán es una de las más poderosas del orbe. Carlos Martínez Assad —recientemente nombrado Investigador Emérito— comenta las obras de Tahar Ben Jelloun y Atiq Rahimi para ofrecernos un panorama de la expresión desde Marruecos hasta Afganistán.

¿Será porque la muerte ronda en los países árabe-musulmanes que sus escritores la frecuentan? ¿Será que las cicatrices de guerras y conflictos permanecen abiertas lo que les hace sentirse tan cerca de la muerte? ¿Será el sentimiento de que no hay salida lo que les hace tratar el tema?

Entre el *Mashrek*, por donde sale el sol, y el *Magreb*, por donde se oculta, entre el llamado Medio Oriente y el Norte de África, los escritores de hoy hablan de la muerte aunque el idioma materno sea el árabe, el farsi o cualquier otro, su cultura sea musulmana o cristiana. Contraria a la visión exuberante, artística y sensual de los orientalistas del pasado, lo imaginario fue desplazado por el realismo escalofriante de las experiencias vividas en ese espacio incomprensible para Occidente, a menos que se trate de hacerlo coincidir con sus estrategias económicas.

Si el libanés Gibran Kahlil Gibran decidió emplear el inglés para escribir *El profeta*, los escritores de ahora también buscan las lenguas que hablan los más de cuatrocientos millones de personas que se expresan en árabe. Tanto por sus vínculos personales como por la lengua colonial, según el país, han elegido para

comunicarse otros idiomas, entre ellos el francés es usado con frecuencia. En el norte de África la presencia francesa se mantuvo de 1830 a 1962 y en Siria y Líbano el protectorado francés dominó entre 1919 y 1943. La francofonía se reforzó por la situación colonial aunque se inició desde que Luis Rey de Francia encabezó la Cruzada en defensa de la cristiandad en Medio Oriente.

Han destacado el muy conocido Tahar Ben Jelloun y el más joven Atiq Rahimi. Uno marroquí, el otro afgano. Ambos Premio Goncourt, el primero en 1987 y el segundo en 2008. Periodo en el que otros vecinos que escriben en esa lengua han destacado igualmente como es el autor libanés Amin Maalouf en 1993.

La muerte en dos de sus muchas formas es tomada por dos autores contemporáneos casi al mismo tiempo. El relato de Tahar Ben Jelloun, *Mi madre* (El Aleph editores, Barcelona, 2009), conmueve porque dialoga con ternura con quien le dio la vida pues su madre, aquejada de Alzheimer, pierde irremediabilmente la memoria y muere poco a poco cada día. Atiq Rahimi, en su novela *La piedra de la paciencia* (Ediciones Siruela, Madrid, 2009), nos muestra cómo el esposo inmóvil

en coma es tratado con la rabia que produce el resentimiento, y cómo se llega a asumir formas despiadadas por la esposa humillada.

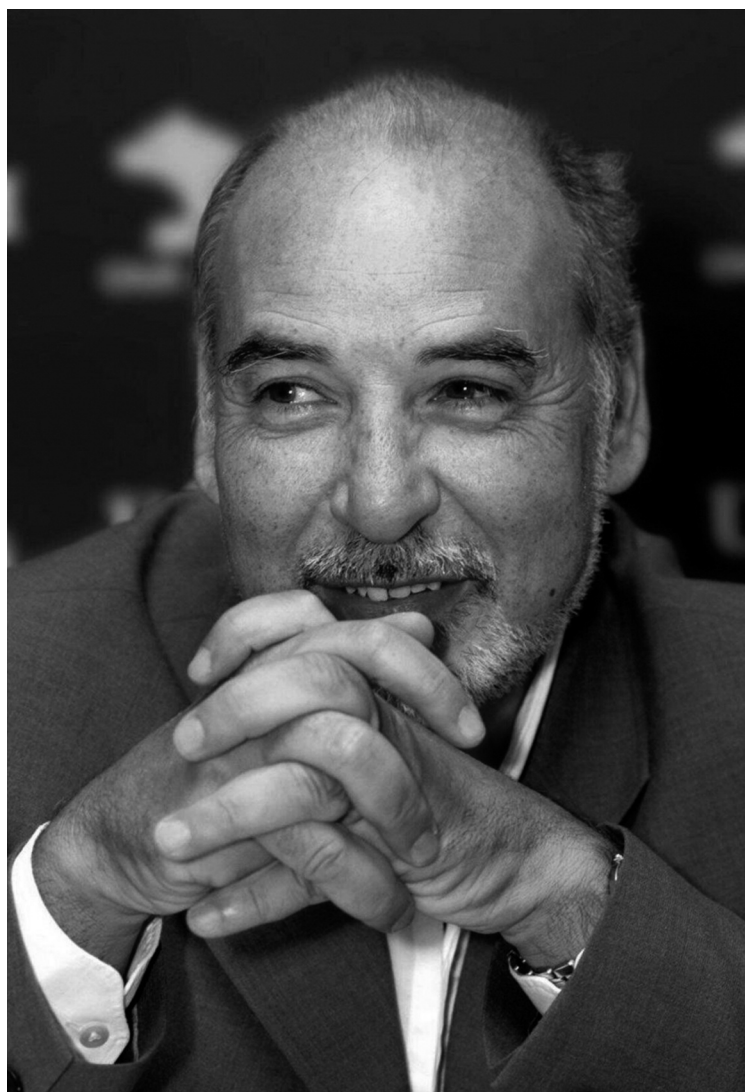
Las tramas acontecen en Marruecos cuando la guerra ha pasado y en Afganistán se vive todavía. Ambos autores recurren al encierro de una habitación; ambos, a los sentimientos que despierta la relación con un ser querido, que permanecen respecto a la madre, pero no con el marido. Los dos escritores recurren a un diálogo para conocer los pensamientos y escucharse casi en forma exclusiva a sí mismos.

La madre en el relato de Ben Jelloun cambia de habitación y debido al mal que le aqueja cree que ha mudado de país. El marido, en la novela de Rahimi, permanece inmóvil por la bala que en un combate le atravesó la cabeza y confinado sobre el kilim en el que la esposa le acuesta, le cambia de posición, le sienta colocándole la cabeza sobre almohadones. La madre de Ben Jelloun vive ajena al tiempo, “se ha desprendido del presente, ya no le preocupa”. Eso sí, invoca los pasajes de la infancia, los amigos de otro tiempo y es capaz de dialogar con los muertos, con un pasado que el lector puede conocer porque el escritor aparece como novelista para intercalar pasajes para explicar quién y cómo era ella, cómo

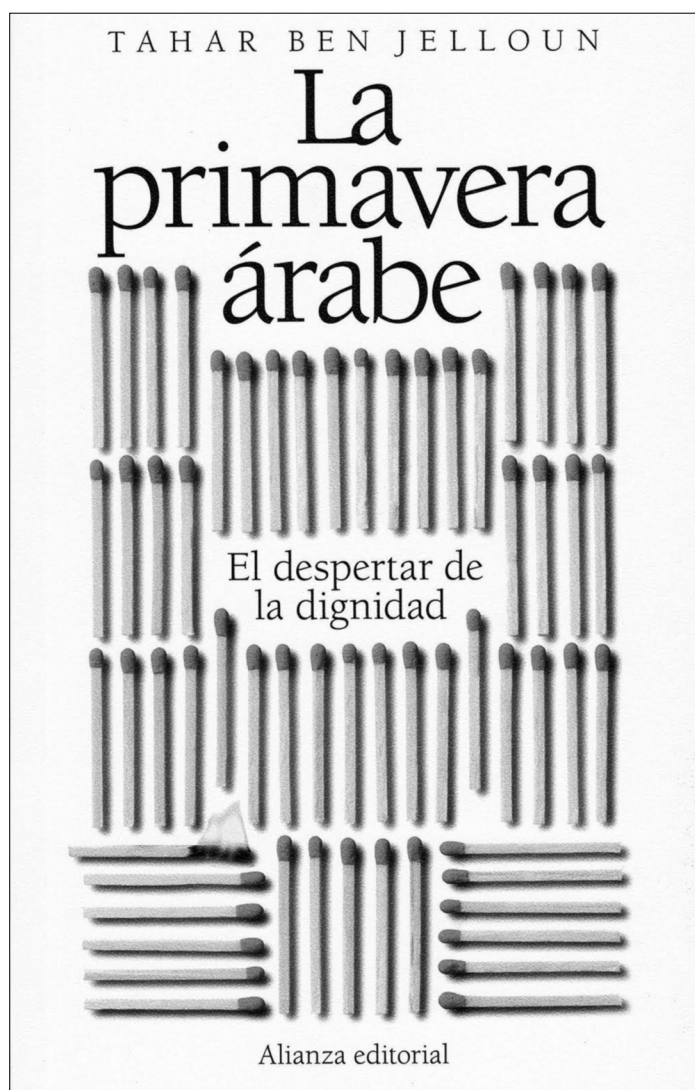
cuando joven conoció a su primer marido y luego, a su padre, cuando se divertía en las reuniones familiares, y tuvo a sus hijos. Como sucede con los seres queridos que llegan a la vejez, hay que hacerse cargo de los cuidados y lidiar con los problemas más cotidianos como el de la incontinencia.

El marido como personaje de Rahimi está siempre presente, debe ser aseado constantemente, la mujer le lava las sábanas, le limpia la herida en la cabeza que no deja de supurar, le seca las lágrimas que aparecen en sus ojos sin brillo. Le coloca la botella con agua azucarada y con un poco de sal administrada con una sonda para suplir la imposibilidad de administrarle suero. Es que “es tan duro ser hombre como ser mujer”, dice el novelista que hace escuchar al marido tendido, casi inerte porque en ocasiones cierra los ojos, todas las revelaciones de la esposa, los secretos más íntimos que ha debido guardar y ahora como nicho de la venganza quiere contarle, hacerle sufrir aunque ya no sea posible debido a la inconsciencia del ser que yace en el piso apenas cubierto por una manta.

A la madre, también postrada, le gusta cambiar de ropa, pensar que lleva encima el caftán blanco con el que iba al mar en Tánger, evocar los buenos momentos



Tahar Ben Jelloun





Daniela Schmidt en la puesta en escena de *La piedra de la paciencia* de Atiq Rahimi

La piedra de la paciencia (*Sangue sabur*)

ATIQ RAHIMI



ayudada por el hijo que le hace decir: “Recuérdame qué te estaba contando, las cosas recientes se me olvidan pero recuerdo las antiguas, qué curioso, los viejos recuerdos son fieles, no nos abandonan, mientras que los de esta mañana ya los he perdido, no sé qué he hecho con ellos, quizás se cayeron al suelo, como mis gafas”.

El marido, por el contrario, no habla, es imposible que recuerde nada, entonces es ella quien tiene la voz, le cuenta lo que ha hecho, los sucesos recientes, antes de que aflore la rabia por eventos del pasado y del presente: “El mulá no vendrá hoy”, dice con cierto alivio. “Tiene miedo de las balas perdidas. Es tan cobarde como tus hermanos”. Se levanta y da algunos pasos. “¡Los hombres sois todos unos cobardes!”. La guerra está allí, en las calles, el marido muerto cerebral la ha introducido en casa como combatiente que fue. Él ha descuidado a su familia, a su mujer a quien conoció carnalmente sólo después de tres años de matrimonio, a sus hijas con quienes no convivía porque debía estar en las acciones como mujaidin (guerrero talibán). El distanciamiento se ensanchó entre el marido y la esposa, quienes se convierten en unos desconocidos; es hasta que está postrado inconsciente en su lecho cuando ella decide atreverse a besarlo por primera vez, más por contrariarlo que por amor. Sin saber si él no lo hacía para no confe-

sar que no sabía hacerlo como los galanes de las películas de la India.

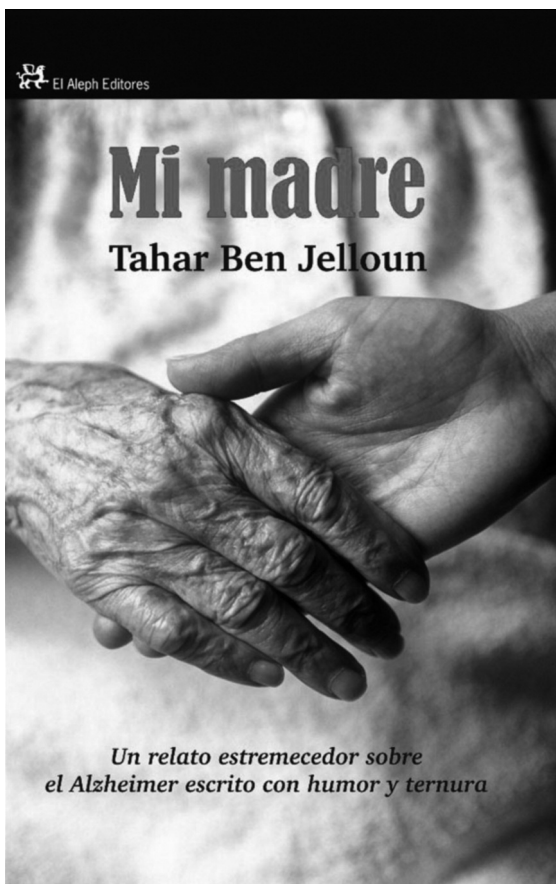
La cultura ajena aparece igualmente reflejada en la madre cuando, para justificar que no sabe leer, se ufana en decir que no tiene sentido aprender si nadie logra entender el árabe que hablan los culebrones que los cristianos transmiten por la televisión.

En *Mi madre*, de Ben Jelloun, es la ternura la que sostiene la relación de ella enferma con el hijo, quien promete mantenerse aún después de la muerte:

Cuando me muera, yo también volveré, ten cuidado, deja siempre una abertura en la casa, no debes cerrar todo, aunque da igual, el alma atraviesa las paredes y los bosques, va haciendo su camino hasta llegar a nosotros mientras dormimos, se introduce en nuestros sueños y los hace más reales, más intensos.

Hay sufrimiento pero también hay esperanza, aun cuando el hijo deba soportar ser confundido con el hermano mayor de la madre.

Y en medio de los recuerdos la madre también reclama a su marido, acercándose en intención a la mujer de Rahimi: “Yo era tu esposa y también tu criada. Te gustaba que te sirvieran y yo te besaba la mano de-



Atiq Rahimi

recha como solía hacer con mi padre”. El beso, ese vínculo de lo amoroso, es vivido por las mujeres de las dos novelas como un derecho masculino, que no se atrevió a ejercer el marido moribundo por no confesar su inexperiencia y que en la actitud de la madre expresa la fuerza de la cultura patriarcal en el mundo musulmán. No en vano los padres de las mujeres de las dos novelas son autoritarios y poco dados a las expresiones de afecto con las hijas. Ben Jelloun recuerda que con la muerte del marido pareció que a su madre le hubiera llegado el reposo, algo así como unas vacaciones. “¡Ella esperaba ese momento, diciendo que Dios me dé aunque sólo sea un día para vivirlo plenamente sin este hombre!”.

El autor puede ver a la madre “hermosa y joven en la azotea soleada de la primera casa en la que vivimos en Tánger, frente al mar”. Atiq Rahimi, en *La piedra de la paciencia*, hace que la esposa vea con horror los ojos extraviados del hombre que yace detrás de una cortina deshilachada en su cuarto.

Lo religioso se invoca de diferente manera, adquiere un sentido multicultural en Ben Jelloun al recordar que su padre decía cuando alguien le agradaba: “...este judío merece ser musulmán”, o “¡este cristiano es de los nuestros por lo bondadoso que es!”. Es cerrado y exclusivamente islámico el pensamiento de la mujer de Rihani cuando se vincula con el mulá y con el mundo exterior. Para defenderse de los mujaidin que atacan su casa, sólo debe hacerse pasar por una prostituta para que ellos

huyan gritando que es Satán y no una mujer. De no recurrir a esa argucia la hubieran violado.

La madre se preocupa por sus deberes religiosos: “¿He rezado la oración de la puesta del sol o todavía no?”, pero el azalá (el rezo) no sirve sin las abluciones aunque ella alegue que está limpia porque acaba de llegar de hamam (el baño ritual), imposible en su situación.

La relación con Dios es diferente en las dos mujeres; es de mayor cercanía y confianza en la madre cuando le dice al hijo: “...no temas, estás entre las manos de Dios, bajo la mirada de Dios”, e incluso afirma que son sus pensamientos “los que van de mi corazón a Dios el Altísimo”. En cambio, la mujer que cuida al marido trata a Dios con desconfianza, le teme cuando escucha el grito del mulá convocando a los fieles a postrarse ante Él a la hora del crepúsculo y se incorpora bruscamente: “¡Que Dios me corte la lengua!”. Sin embargo, recita el *Corán* y le pide a Alá que proteja a su hijas mientras hace pasar las noventa y nueve cuentas de su rosario recitando siempre el último nombre de Alá, el de Al-Qahhar (el Dominador), como metáfora de lo que ha sido su vida respecto al poder masculino.

La madre no sufre, está ausente. “¡Que Dios te dé salud y te guarde para nosotros, eterna, presente y feliz con nuestro amor!”.

El hombre, que parecía no sufrir, ha escuchado todos los reclamos de la esposa. La toma de los cabellos para golpearla contra el muro y a ella se le escucha decir: “Por fin he sido liberada de mis sufrimientos...”. **U**